

achura, salía de cuando en cuando una mugrienta mano a dar un tarazón con el cuchillo al sebo o a los cuartos de la res, lo que originaba gritos y explosión de cólera del carnicero y el continuo hervidero de los grupos, dichos y fritería descompasada de los muchachos:

— Ahí se mete el sebo en las tetas, la tipa—gritaba uno.

—Aquél lo escondió en el alzapón—replicaba la negra.

—Che, negra bruja, salí de aquí antes de que te pegue un tajo—exclamaba el carnicero.

—¿Qué te hago, ño Juan? ¡No sea malo! Yo no quiero sino la panza y las tripas.»

Como es lógico, la sátira de Esteban Echeverría no se dirige tan sólo contra el régimen federal argentino, sino que también va hacia los pilares que lo sostenían. Y en este sentido, no podemos por menos de recordar las líneas que con suma ironía hacen referencia a la adhesión de los sectores más conservadores de la sociedad a la causa rosista, amparada por la ignorancia y miseria del pueblo.

Y así, se pone en evidencia la lamentable interrelación entre la Iglesia y la política. Por ello, tras un incesante período de lluvias:

«Parecía el amago de un nuevo diluvio. Los beatos y beatas gimoteaban haciendo novenarios y continuas plegarias. Los predicadores atronaban el templo y hacían crujir el púlpito a puñetazos. 'Es el día del juicio—decían—, el fin del mundo está por venir. La cólera divina rebotando se derrama en inundación. ¡Ay de vosotros, pecadores! ¡Ay de vosotros, unitarios impíos que os mofáis de la Iglesia, de los santos, y no escucháis con veneración la palabra de los ungidos del Señor! ¡Ah de vosotros si no imploráis misericordia al pie de los altares! Llegará la hora tremenda del vano crujir de dientes y de sus frenéticas imprecaciones. Vuestra impiedad, vuestras herejías, vuestras blasfemias, vuestros crímenes horrendos, han traído sobre nuestra tierra las plagas del Señor. La justicia del Dios de la Federación os declarará malditos.'

Las pobres mujeres salían sin aliento, anonadadas del templo, echando, como era natural, la culpa de aquella calamidad a los unitarios»⁹.

Sin embargo, la primera obra que con certeza podríamos considerar como «novela de dictador» es *Amalia*, del también argentino José Mármol, motivada igualmente por la dictadura de Rosas. Y son las crueldades, ruindades e irracionalidades de su sistema político lo que constituye el eje en torno al cual gira la obra, ya que la trama argumental de los amores entre Eduardo Belgrano y Amalia resulta en extremo convencional.

Aunque llegamos a conocer las expresiones, ademanes, reacciones, etcétera, del restaurador, sus intervenciones son reducidas en proporción

⁹ ESTEBAN ECHEVERRÍA: *La cautiva. El matadero*, Buenos Aires, Kapelusz, 1965, pág. 78.

a lo que cabría esperar en una narración de más de 600 páginas. También aquí volvemos a encontrar el miedo adueñado de Buenos Aires; en eso consistirá, según nos evidencia Mármol, el sistema de Rosas: en poner en funcionamiento un mecanismo de terror cuya marcha se mantendrá por sí sola.

Este ambiente entremezclará la petición con la delación, y así, la cuñada del dictador nos ofrece en su casa el siguiente panorama:

«Una mulata vieja, y de cuya limpieza no podría decirse lo mismo que del ama, por cuanto es necesario siempre decir que las amas visten con más aseo que las criadas, aun cuando la regla pueda sufrir alguna excepción, hacía las veces de edecán de servicio, de maestro de ceremonias y de paje de introducción.

De pie, en la puerta que daba a la alcoba, tenía asido con una mano el picaporte, en señal de que allí no se pasaba sin su correspondiente beneplácito, y con la otra recibía los cobres o los billetes que, según su clase, le daban los que a ella se acercaban en solicitud de obtener preferencia al entrar de los primeros a hablar con la señora doña María Josefa de Ezcurra. Y jamás audiencia alguna fue compuesta y matizada de tantas jerarquías, de tan varios colores, de tan distintas razas.

Estaban allí, reunidos y mezclados, el negro y el mulato, el indio y el blanco, la clase abyecta y la clase media, el pícaro y el bueno, revueltos también entre pasiones, hábitos, preocupaciones y esperanzas diferentes»¹⁰.

Por su parte, el autor establecerá una clara diferenciación social entre los partidarios y los enemigos de Rosas. Mulatos, negros y gentes de baja extracción forman los primeros; gentes educadas y miembros de las más antiguas y distinguidas familias, los segundos. Así, la traición inicial es llevada a cabo por un mulato; el dictador utiliza, a manera de bufón, a un clérigo también mulato; doña María Josefa, como ya hemos visto, recibe en su casa a negras para favorecer delaciones; un general apenas sabe escribir; a otro, Rosas le ordena dar un corte de mangas de su parte y un sinfín de circunstancias más. En extremo reveladora es la siguiente descripción del ambiente de un baile oficial dado por el «restaurador»:

«Se bailaba en silencio.

Los militares de la nueva época, reventando dentro de sus casacas abrochadas, doloridas las manos con la presión de los guantes y sudando de dolor a causa de sus botas recién puestas, no podían imaginar que pudiera estarse de otro modo en un baile que muy tiesos y muy graves.

¹⁰ JOSÉ MÁRMOL: *Amalia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, 4.^a ed., pág. 237.

Los jóvenes ciudadanos salidos de la nueva jerarquía social introducida por el Restaurador de las Leyes pensaban, con la mejor buena fe del mundo, que no había nada más elegante ni cortés que ir regalando yemas y bizcochitos a las señoras.

Y, por último, las damas, unas porque allí estaban a ruego de sus maridos, y éstas eran las damas unitarias; otras porque estaban allí enojadas de encontrarse entre las personas de su sociedad solamente, y éstas eran las damas federales, todas estaban con un malísimo humor; las unas despreciativas, y celosas las otras.

La señorita hija del gobernador acababa de llegar y estruendosos aplausos federales la acompañaron por las galerías y salones»¹¹.

Sin embargo, los liberales forman un sector consciente y orgulloso de su superioridad intelectual. Así, por ejemplo, cuando tras una estratagemata, Daniel informa a su prima Amalia, exclama: «Ellos tienen toda la fuerza del bruto, pero yo tengo la inteligencia del hombre»¹². Este sentido claramente clasista lo evidenciarán también al referirse a la exquisitez individual y social. Pero esta actitud no puede ser interpretada como consecuencia de un exacerbado aristocraticismo por parte de Mármol, sino que se correspondía con todo un sentimiento y realidad social del momento. Baste recordar, en este sentido, que Alcalá Galiano, refiriéndose a las minorías ilustradas, exclama: «En suma, lo que constituye el núcleo del partido llamado liberal en todos los pueblos». Y el mismo Sarmiento, evocando al Buenos Aires anterior a 1828, lo presenta como una ciudad refinada, poseedora de la exquisitez parisiense; características cuyo forzoso origen español llama la atención, como una clara contradicción en escritor de tan marcado antiespañolismo en política.

Por otro lado, no falta en la novela alguna que otra alusión satírica al apoyo que la Iglesia prestó a la actitud conservadora de Rosas, aunque bien es verdad que Mármol se esfuerza por mantener una postura de respeto hacia la religión como tal, limitando sus críticas a las ridiculizaciones de determinados clérigos, siempre a título individual. Así, el padre Viguá, verdadero bufón del dictador, surge ante el lector como un ser animalizado por la obsesión de la comida, carente de la menor dignidad y embrutecido en extremo; el padre Gaete, personaje perfectamente situado en el sistema político rosista, es fiel cliente de un prostíbulo, a la vez que adopta siempre un comportamiento sólo imaginable en los ínfimos sectores sociales, y al final de la obra, dos conventos niegan el asilo político solicitado por Daniel Bello, por temor a las complicaciones que ello produciría en las relaciones con el poder.

¹¹ *Op. cit.*, pág. 165.

¹² *Op. cit.*, pág. 268.